

NOSOTRAS Y ELLOS

Estoy furiosa. Furiosa contra mi madre y contra mi misma. El altercado con ella es el más fuerte que he tenido. Estoy arrepentida de lo que le dije, sobre todo sobre su enfermedad, pero yo tengo la razón.

La neta es que no es justo que a mi hermano le de todo y a mí nada. Él sí puede ir a donde se le hinchén, y yo nada, sólo que él me acompañe. Lo odio.

Tuvo razón mi hija cuando me preguntó que cuál felicidad había yo disfrutado en mi matrimonio. Lo que no sabe es que el maltrato de su padre y sus engaños los soporto sólo por ellos, por mis dos hijos. ¿Y todo para qué? Para que ella me conteste en la forma que acaba de hacerlo, para que Juan, mi querido hijo, me deje sola todo el santo día y acuda a mí sólo cuando necesita algo.

En lo que sí tiene razón es que le doy un trato diferente a ella que al hermano. Eso lo voy a remediar desde ahora. Los dos parejos como debe ser.

Nuevo disgusto entre mi hija y mi nieta. Tiene razón la primera en no dejarla ir sola a la calle. Cuando se ha visto que una muchacha decente salga sin nadie que la acompañe. Debe explicarle que una joven debe seguir los mandamientos de Dios. No pienso que sea tan difícil hacérselo comprender. Pero ahora las mujeres quieren ser iguales a los hombres ¡Bendito Dios! Si mis hijos varones deciden no visitarme más, por algo será.

¿Y si mi nieta tiene la razón? La verdad que yo nunca fui feliz, más bien no existí. A los hombres todo, a las mujeres nada. Sí, es verdad. Creo que debo apoyarla en lugar de atacarla como lo he hecho hasta este día. Si yo no pude o no me dejaron ser feliz que lo sea ella.

Las tres mujeres dejaron de escribir en sus diarios cuando escucharon el grito de Juan que preguntaba si no había nadie en la casa y exigía le dieran de cenar. La abuela, apoyada en su bastón y con paso cansado se dirigió a la cocina a preparar la cena. La madre olvidó su enfermedad, ágilmente llegó hasta el tocador para arreglarse y así estar presentable delante del hijo. Mariana salió corriendo del cuarto a preguntar a su hermano que se le ofrecía y que si la podía acompañar a la fiesta del sábado. Porfa, hermanito, le dijo.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007